

¿QUÉ HA QUEDADO
DEL ALMA ARABE EN ESPAÑA?



Trabajo original

de

Don Simón Domínguez de Valdeón

PREMIADO

EN EL CERTAMEN LITERARIO INTERNACIONAL
DE MÉJICO, QUE SE VERIFICÓ EN SEPTIEMBRE DE 1913
EN LAS FIESTAS DE "LA COVADONGA"



LEON:

Imp. de Maximino A. Miñón

1914

¿QUÉ HA QUEDADO

DEL ALMA ARABE EN ESPAÑA?



Trabajo original

de

Don Simón Domínguez de Valdeón

PREMIADO

EN EL CERTAMEN LITERARIO INTERNACIONAL

DE MÉJICO, QUE SE VERIFICÓ EN SEPTIEMBRE DE 1913

EN LAS FIESTAS DE "LA GOVADONGA"



LEON:

Imp. de Maximino A. Miñón

1914

Xalapa.—Veracruz, 23 de Febrero de 1914.

Sr. Presbítero D. Teodoro Domínguez de Valdeón.

Troabajo del Camino.

Mi querido hermano:

Contesto a tu atenta 15 del próximo pasado, en lo que pides mi beneplácito para poder publicar en un folleto mi trabajo literario, premiado en el certamen internacional de las fiestas de "La Covadonga" de Méjico, el cual lleva por título: "¿Qué ha quedado del alma árabe en España?"

Me dices: "que, por su extensión, no lo puede publicar "Diario de León", como hizo con mis trabajos anteriores", que obtuvieron los únicos premios en "La Covadonga" de Veracruz, y "que algunos amigos de esa quieren se publique en un folleto".

Aun cuando aquí se publicó en los periódicos de la Capital, y fué premiado, no creo yo merezca los honores de un libro en esa, donde abundan los literatos, que saben tamizar todo género de escritos a la perfección.

Como, a pesar de superarte en edad siempre me has superado tu en voluntad, por no ser menos en esta ocasión, y por no privarte de ese pequeño placer, te faculto para que hagas de mi escrito, lo que más te acomode, como si quieres arrojarle al fuego.

Sabes está siempre a tus ordenes tu hermano que te quiere,

Simón.



*& Qué ha quedado
del alma árabe en España?*

No es mi intento, oh Jueces, ni cuadraría a la índole de la presente disertación, otra delineación, aunque fuera a grandísimos rasgos y a título de prómio, hacer una completa síntesis de ese gran período histórico en el que los vencedores de la monarquía goda echaron los cimientos de una dominación ocho veces secular. Bajo el memorable reinado de Walid I, que sucedió a su padre Abdelmedik, los ejércitos del islamismo dominaron toda la costa africana, que los árabes llamaron Al-Magreb,—tierra de occidente,—desde Cartago fundada por la sidonia Dido, hasta el mar Atlántico, el mar misterioso, mar desconocido, cuya agitada superficie habría de surcar más tarde la raza hispana, haciendo surgir un Mundo por aquellos confines donde el sol se acuesta entre celajes de oro y púrpura y altísimas cimas, que besan con sus conos la bóveda azul de los cielos. El mar Mediterráneo, que ha sido siempre el mar de la civilización, cuyas aguas han retratado, épicos combates, y en varios períodos inmensa gestación de libertad y de progreso, también quedó sujeto al Islám, y el blanco estandarte de los *omniadas*, así concibió el proyecto de conquistar las cercanas y hermosas tierras de la península Ibérica, como pasar allende los Pirineos. En 711,

Muza, con, o sin consentimiento del califa Walid, y aprovechando los disturbios que traían dividida la monarquía goda, envió a España un ejército, al mando de su teniente Tarik, quien destrozó en Julio de 711 a los godos en la célebre batalla del *Guadalete* o *Vijer*, pereciendo en las turbias ondas de este río,—según el sentir más autorizado,—Rodrigo, último rey godo. La monarquía de los vencidos godos era electiva, lo cual fué origen de muchos trastornos en el reino y del asesinato de varios de sus monarcas. La prohibición de contraer matrimonio entre los dos pueblos fué una gran falta; porque, en vez de fusionarlos, mantuvo la división entre conquistadores y conquistados, y, cuando se quiso remediar el error, ya era tarde. Esta división contribuyó a debilitar el poderío godo, y unida al ódio de los judíos, que eran víctimas, y a la gran corrupción de las costumbres de aquellos, facilitó la invasión de los árabes y su triunfo. Cuando los pueblos son roídos por los vicios, siempre son dominados: verdad meridiana que la Historia comprueba.

Casi todos los acontecimientos relativos a la caída de la monarquía goda están envueltos en incertidumbre y confusión, por lo cual, no es de extrañar que abunden ficciones y leyendas, referentes a este importante período histórico, de las que no haré aquí mérito, aunque pudiera pedirlo la erudición. El arzobispo Oppas, Witiza, Florinda, hija del conde Julián,—no don Julián,—como generalmente se le llama, pues que el título de honor *don* no se usó en España hasta el siglo x, y el rey Rodrigo formarán siempre un quinteto en la mesa del desastre y del festín sobre cuya tabla corrieron ríos de sangre.

La historia exacta solo puede hacer constar que el reino godo había concluido su evolución; que sus revueltas intestinas apresuraron, en pocos años quizás, la invasión musulmana. La capital musulmana de España fué desde luego Sevilla; pero algunos años después quedó asentada en Córdoba, y toda la península fué dividida en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occi-

dente y gobernada por *emires*, (jefes principales), dependientes inmediatamente del gobierno de África, el cual obedecía a su vez al califa de Damasco.

Las conquistas del Islám, al expirar el VII siglo de la Era vulgar, se extendían, por el rumbo de oriente, hasta cerca del corazón de la India, y por el de occidente, llegaban hasta la *Gran Sirte*, en la costa de África. Apenas si habían transcurrido setenta años de la muerte del Profeta y ya las armas árabes habían dominado un imperio más vasto que el conquistado, en el siglo IV, anterior a Jesucristo, por Alejandro de Macedonia. Las causas que produjeron esas inmensas y rápidas victorias deben buscarse, no en el número de combatientes, que se lanzaron a difundir el Islamismo y sujetar a los demás pueblos, si no en su entusiasmo patriótico y religioso, y en el ardor juvenil de una nueva nación, empujada a la guerra por una religión, que cuadraba perfectamente con el carácter, las pasiones y los ideales de los compatriotas de Mahoma. Debe de añadirse que, la rápida expansión del islamismo, fué ayudada eficazmente por el odio que inspiraba la dominación bizantina en Egipto, Siria y otras regiones del Asia Menor, así como la defectuosa organización militar de los Persas. Destruído el imperio de los Sasánidas, y quebrantado hondamente el bizantino, natural era que continuaran los musulmanes recorriendo la senda de la victoria, invadir en breve la Europa occidental e intentar el establecimiento del dominio universal del islám.

Al no haber ocurrido la muerte y derrota de Abderrahmán en Poitiers (732), emir que hacía dos años que gobernaba en España y al que habían seguido tribus enteras de Arabia, Siria, Egipto y Africa Occidental, alistadas bajo sus banderas, formando un ejército numeroso, con el que invadió todo el Sur de la Aquitania, hubiera sucumbido desde luego el reino de los Francos; después, toda la Europa central, y en seguida el imperio bizantino, atacado por Oriente y Occidente hubiera también caído en poder de los impetuosos sectarios del Corán. Mas, la espléndida victoria de Carlos

Martell, les impidió hacerse dominadores de toda Europa. Este sangriento choque fué de significación histórica universal; pero conviene no dar menor importancia también que, 14 años antes, en (718) nuestro Pelayo, ya había derrotado al lugar-teniente Alkamáh, enviado por el emir El-Horr, en, y desde los riscos de Covadonga. No a los Francos, pues, si no a los Españoles les corresponde la gloria de ser los primeros en haber detenido las armas islámicas. Pelayo y Carlos Martell fueron las dos fortalezas contra las que se estrelló el empuje brutal del imperio Islamita. Sin embargo, en todo el resto de este siglo VII, y el VIII, la extensión que alcanzó a dominar el Islám comprendía: En Asia, Arabia, Siria, Palestina, Anatolia, Persia, Armenia, Média, Babilonia, Asiria, Sind, Sedjestán, Korán, Tebaristán, Georgia y Gran Bucaria; en Africa, Egipto, Libia, Mauritania y otras regiones; y en Europa, España, con excepción del pequeño estado cristiano de Asturias. Es decir, que sobre ciento cincuenta millones de hombres que poblaban, aproximadamente, todas estas regiones, extendieron los impetuosos árabes su poder, estableciendo en todas las regiones dominadas colonias militares, agrícolas, comerciales, por medio de las cuales difundieron la religión, la lengua, las leyes y la civilización musulmana. Su comercio llegó a extenderse desde el Mar Negro hasta el Golfo de Omán y Pérsico, y desde el Mediterráneo hasta los confines con la India y la China por Bacora y Samarcanda. Solamente a España, algunos siglos después, pudo caberle tres veces más gloria, jamás igualada por ningún pueblo ni ninguna raza. Levantó sobre las olas del inmenso Océano todo un Mundo, como una anchísima banda extendido desde un polo hasta otro polo, equilibrando el peso del globo terráqueo. No con el curvo alfanje, ni la cimitarra de los Omníadas, de los Osmalfes, de los Abásidas, ni de los Barmacidas; no con el libro del Corán que Mahoma hilbanó con retazos de tradiciones y principios de otros dogmas, y que presentó a sus compatriotas como inspirado por Dios y dictado por los án-

geles, en cuyos capítulos se ofrecen ríos de leche y miel en paraísos de delicias; mujeres esbeltas de «grandes ojos» (huríes) y placeres inagotables, no. El Evangelio que profesaban los españoles era de mayor grandeza, de mayor dulzura, de mayor caridad; era de abnegación, de inimitable heroísmo: ¡si era el mismo que predicó Jesús desde el lago de Galilea, hasta abrir sus brazos en la cruz para redimir la humanidad entera! La patria de los grandes Concilios, que se cuentan por centenares, en los que siempre se opuso un muro infranqueable a las herejías que, como chispas de formidable incendio, agitadas por vientos y huracanes, venían desde la remota Asia y prendían en todos los puntos de Europa, siempre se apagaron en el suelo de la insigne Patria mía, de la hidalga y siempre combatida España; pero que antes, y después, y siempre, ha sido generosa y grande; su gloria en tiempo de su fe fué tanta que Dios mismo y su Iglesia tuvieron que llamarla *su predilecta hija*. Y la Madre de Dios, hasta puso su trono en el Pilar de Zaragoza, que es cuanto se puede decir ya de grande.

Enorme fué, sin duda, el poderío de la raza del Islám; pero no puede compararse con el que alcanzó la raza ibérica; por el Occidente, un Nuevo-Mundo, levantado de las soledades, de las olas y de las espumas del inmenso Occéano, con cordilleras que, como las del Asia, besan el azul de los cielos y se guarecen sus cimas cabe la capa de eternas nieves y el velo sutil de las nubes; con eternos volcanes, siempre perennes, y ríos de interminable y ancho curso, que extienden la fecunda y ámplia cinta de plata de sus linfas; por entre bosques milenarios, de maderas preciosísimas; por entre grandes valles y planicies y quebradas de exuberancia llenos; todos los que fueron vadeados y escalados y cruzados y fijados en Cartas geográficas y planos por nuestros ilustres antepasados, siempre por los hijos de España, dominando y trayendo al campo y doctrinas del Crucificado, acaso más de doscientos millones de belicosos indios, de infinidad de castas, cultura y leyes, que poblaban el vasto continente

americano. Como este prodigio no lo registra la Historia de la humanidad. Y de la parte de Oriente, continentes e infinitas islas surgían del tempestuoso mar ante el bauprés de las naos españolas, la fe de Cristo y su Evangelio y el pabellón unido de Aragón y de Castilla; hasta el extremo que el sol, el poderoso astro de los cielos, que fecunda con su lumbre mundos infinitos, que ruedan por el etéreo espacio, tenía por precisión que alumbrar todas las 24 horas que el planeta Tierra tarda en voltear alrededor de su eje, el cetro y la corona de Carlos V. Quiero hacer constar antes de pasar adelante, que me veo forzado á no hacer más que un ténue bosquejo, una muy borrosa pintura de las grandezas de España, formando enormes puentes, para atravesar las incontables fuentes de su saber en cenobios, en Universidades y sus áulas, donde se encerraba todo el humano saber de su tiempo, adelantándose á todas las naciones de Europa. Quisiera yo tener extensión bastante para hacinar de una manera algo más precisa y clara tanto grande y bueno como España produjo, aún antes, en medio y después que la raza musulmíca lanzara, sobre los restos de la goda, su zarpa de tigre de las sirtes y del árido desierto; pero no me es posible, y voy derecho ya al fin que me propuse, brincando sobre abismos de épicas grandezas, que fascinan y atraen, como lo puede hacer el abismo.

El pueblo árabe que se puso enfrente de la España goda y la venció, no puede decirse que triunfó de la genuina raza ibérica, que replegada en las costas de Cantábría, irguióse amenazante, combatió y venció a quienes quisieron imponerles su yugo: y Euskaria, Vizcaya, si queréis, siempre sóla, siempre viril, indomable siempre, de este lado del nevado Pirineo, encajada en sus verdes y deleitosos valles, con su lengua, dura como su carácter, pero semítica, y por lo tanto primitiva, esa, trazose un círculo de hierro, con sus sierras y sus estribaciones y sus pechos, y dijo al árabe: «Hasta ahí es tu límite». Y así fué.

Pero el árabe, en ocho siglos en lucha con razas civiliza-

das, de aquí y allá del planeta, como atrás queda asentado; pues sus dominios fueron extensísimos, y preciso es que, unificado por una religión, un Dios y un Profeta y un Califa, durante mucho tiempo, el de Damasco en lo que podemos llamarlo civil; como los grandes ríos traen plantas, semillas, árboles y flores de todos los puntos por donde afluyen y corren los arroyos que los acrecientan; y estas flores, estas plantas, estas semillas vienen a introducir nuevas flores hacia los términos de su curso, así los árabes trajeron a España un arte, no ya el de la guerra, que a este no quiero referirme, si no *el arte musulmán*, exclusivamente arquitectónico, menos completo que el arte bizantino, porque omitía la pintura y la escultura, prohibidas por el Corán. Si la Biblia, los Evangelios y la Iglesia hubieran asentado esta restricción al arte plástico y al pictórico, careceríamos de tanto grande, mucho, incalculable, como lo que poseen todos los museos hoy del mundo y los templos todos y catedrales de la cristiandad: se verterían todas las mayores blasfemias, se pondría en juego toda la artillería moderna para ametrallar el cristianismo; pero el fundador de éste, si era el verdadero y más grande Profeta; si era y es el mismo Dios humanado en su segunda Persona!

El árabe, en vez de imponer sus ideas artísticas, a los pueblos a quienes había vencido, prefirió conocer las de estos e inspirarse en ellas; así admitieron, sucesivamente, los modelos suministrados por la India, el Egipto y Bizancio. La religión y su país nativo, su vida nómada de un desierto de horizontes ilimitados, de líneas uniformes, bajo un cielo sin celajes, tuvo que tener por precisión la idea recta de los objetos, y también hay que convenir que, la estatuaria, les venía a estar prohibida por la misma naturaleza y su medio en el que por precisión se movían: unida esta circunstancia al para ellos dogma prohibitivo del Corán, nada extraño es, que permanecieran indiferentes a la representación de la forma. Así es que de la manera que el arte cristiano había utilizado la basílica griega o romana, o mejor dicho la utilizó, modifi-

cándola después, el arte musulmán tomó la construcción bizantina; pues la cúpula sobre un plano cuadrado, la columna sobremontada por el capitel cúbico, el plano mismo de la mezquita, recuerdan el arte bizantino en sus disposiciones; pero la imaginación de los árabes encuentra nuevos motivos que modifican profundamente su aspecto. Mas, entre los musulmanes que ocuparon España, siempre hubo una tendencia a singularizarse, a emanciparse de los de Oriente. La doctrina de moralidad utilitaria de Kung-fut-seu en la China, aunque propia para conservar la nacionalidad, no fué muy a propósito para fomentar y promover grandes adelantos; de manera, que en el citado país, lo que sucedió siempre, fué solo crear imitación de imitación; por eso los árabes que se fueron hacia allá se quedaron rezagados, y con mucho, a los que por suerte vinieron a nuestro suelo. La creencia cristiana, arraigada ya firmemente en España, creencia que siempre ha sido favorable al Arte, en todas las formas que pueda revestir, solicitándole y protegiéndole, preciso es que influyera en la imaginación de los artistas árabes; por eso es que los monumentos que levantaron en Córdoba, Sevilla, Granada y otras muchas ciudades, no tienen parecido en belleza, ni ejemplo en su género que los iguale: tienen su estilo, propio de sus creencias, de sus costumbres, del eclecticismo, por decirlo así, importado de los demás pueblos que habían visto y subyugado; pero con notables diferencias, porque estaban edificados bajo otro cielo, dentro de la molicie soñada por su profeta, un clima paradisiaco, y, sobre todo, porque los griegos y romanos, con su permanencia en España y dominio, también habían traído su ciencia y sus Bellas Artes.

La mezquita árabe es donde mejor está retratado el Arte de este pueblo, su alma y su religión, monumento imperecedero, que después de tantos siglos pasados y de continuas luchas, firme queda como trasunto y reverberación del alma, espíritu o genio de ese gran pueblo, para memoria de las futuras generaciones, que se recrearán contemplándolo petrificado en sutiles columnas, altas torres y minaretes. A más

de otras muchas cosas, eso es lo que nos queda «del alma árabe en España». Voy a ver si en lo que me queda de tiempo logro darla mejor a conocer, vestida con la indumentaria de ese su Arte que resplandece en Granada y Córdoba; porque sería tarea, fuera de los límites que debe de tener esta disertación, comprender todo lo que muy bien podría decir mas extensamente a este respecto.

Una mezquita es, poco más o menos, artísticamente lo que vais a oír. Comprende un gran pórtico para los fieles, un santuario en donde se guardará el libro sagrado de los árabes, el Orán, un patio rodeado de fuentes, para las abluciones de los peregrinos y altas torres y minaretes, desde las cuales el almuecín llamará a los fieles para la oración, con voz plañidera y doliente; y por último, en medio de un jardín plantado de cipreses, la tumba del fundador de la mezquita. Sobre todas las partes del edificio, los árabes veréis que han extendido una ornamentación caprichosa y rica, como vejetación lujuriosa; siempre expresando el artista el horror hacia la regularidad de las líneas y la monotonía de las superficies planas; por el contrario, romperá, cortará y modificará los entrecruzamientos de las líneas, y no le satisfecerá la curva regular del arco en plena cimbra, y ora lo prolonga en forma de herradura, ora lo substituye por el arco quebrado: así es como obtiene el «arco apuntado» el «arco en curvas» o «contornado». Caracteres propiamente árabes son «la Bóveda de estalactitas» y la decoración conocida con el nombre de «arabescos».

Aunque el arte musulmán haya nacido en Egipto y en Asia, donde con más esplendor ha brillado ha sido en España: por eso la mezquita de Córdoba es el tipo más completo del arte árabe. Fundada por Abderramán I, en 768, fué terminada por Almanzor en 988. Este edificio, dice Jorge Meunier, recordando el *Viaje pintoresco por España* de Alejandro Laborde, se componía de un gran espacio dividido por columnatas, en once naves paralelas, de las que, la central, más ancha, desembocaba en el Kiblah. Después, se añadieron

otras nueve al Oeste. Las columnas, restos de la antigüedad romana, se entrelazaron por arcos de herradura, sentándose posteriormente, sobre sus capiteles, pilares sobre los que se elevó un segundo piso de arcadas. En el fondo de la nave mayor se levanta el Kibláh, con su cúpula tallada en un solo bloque de mármol. El aspecto exterior de la mezquita, no cambió, cuando cayó en poder de los cristianos, que la convirtieron en catedral, conservando su carácter místico. Sus 850 columnas de mármol, sus dobles pisos de arcadas, destacándose abigarradamente, y su decoración fantástica, le imprimen el imborrable sello de su origen oriental. En cuanto al exterior, permanece frío y desnudo. Algunos sólidos contrafuertes, arcadas en herradura y un festón adecuado, constituyen todos sus elementos.»

Pero entre las muchas ciudades que encierran prodigios en su recinto del espíritu y dominación árabe está la gentil Granada, la que, aunque en la actualidad no es más que una sombra angusta de lo que fué, todavía conserva vestigios gloriosos de sus épocas de grandeza y poderío.

Siempre será la Muy Noble, Muy Leal, Nombrada, Grande, Celeberrima, y Heróica Granada, títulos todos que ostenta nobiliarios en su escudo; pues baluarte fué último de la dominación árabe y puso con su caída remate dignísimo a la sublime epopeya de la Reconquista. Granada está situada al pie de Sierra-Nevada, sobre dos enhiestas colinas, separadas por un profundo valle. Las casas descienden por el declive de las colinas, hasta el fondo de aquél, dando a la ciudad el aspecto y forma de una naranja abierta, mostrando su rubicundo fruto, imitado por los tejados, circunstancia a la que debe su nombre. En esta ciudad, principalmente, cifran los españoles su legítimo orgullo; pues ella, más que otra ciudad alguna, despierta la admiración de los extranjeros. Dos ríos, el Genil y el Darro, de los cuales el uno arrastra pajillas de oro y el otro arenas de plata, bañan el pie de las colinas y se reúnen y serpentean y vuelcan sus ondas en una llanura encantadora, llamada la *Vega*. «Si la mano inexorable del tiem-

po la ha robado animación y riqueza, si ha permitido que la yedra desuna las piedras de sus soberbios edificios, si ha desconchado y descolorido sus magníficos salones, si ha tronchado sus ciclópeas columnas y derribado sus dorados capiteles, no ha podido arrebatársela el sello de majestad y esplendor que la imprimieron sus antiguos dueños; ni el ambiente perfumado que se respira en sus vegas, ni las poéticas emanaciones que exhalan sus ruinas y soledades.»

La llanura, sobre la cual descuelga Granada, está cubierta de viñedos, granados, higueras, moreras y naranjos, y rodeada de montañas, de forma y color admirables. Un cielo todavía más encantado, que Mahoma pudiera soñar para sus huríes en el paraíso: delicioso y puro el ambiente, el alma se abisma de tal modo, en cierta secreta languidez, que nada de extraño tiene que, en semejante país, los árabes hubieran sofocado en breve las pasiones heroicas con las pasiones tiernas, si es que el amor, para ser verdadero no necesitase apoyarse en la gloria.

Por entre un bosque de frondosos álamos desliza el Genil su cristalina corriente, moviendo a su paso las ruedas de los molinos situados en las faldas de San Celio, murmurando bajo un puente encuadrado entre un bosque de paradisíacas verduras. En sus dos márgenes, paseos, fuentes, huertas y jardines que extasían los sentidos. Allá la Alhambra, en medio de una alameda profunda; allá el Generalife, entre laureles gigantescos, en cuyo palacio hay un jardín plantado de mirtos, donde es fama que un abencerraje fué sorprendido con la sultana Alfáima. Más allá, la sierra de Albaicín, y más cerca, las Torres bermejas y el Monte Sacro. El Albaicín es un barrio construido por los moros que venían huyendo de Baeza, cuando la ganó San Fernando. Allí está la Alcazaba, los restos, mejor diré, en ese lugar fragoso, donde la independencia de Granada tuvo su último baluarte, y el desventurado morisco, su postrer asilo. La arquitectura árabe, caprichosa y rica en sus palacios, era dura y severa, inflexible en la edificación de murallas, puertas, castillos y

alcazabas, como puede verse en la puerta Monáica que se conserva en la Alcazaba, al pie de uno de sus más altos cubos. En esas construcciones, refléjase la mano de un pueblo fuerte, guerrero, ardiente, que arrostra con serenidad el peligro, crece con el calor de las batallas: es otra fase del *alma árabe* que nos queda en España, que se completa con la que también ha quedado petrificada en la Alhambra. Este solo monumento basta por sí sólo para formar el concepto de grandeza que supo imprimirla la dinastía de los nazaritas; obra de Mahomed Alhamar, construida entre los años 1250 y 1338, comprendiendo dentro de ella su palacio de escasas dimensiones. Esta maravilla del arte, agrúpase alrededor de dos patios descubiertos, en los que fuentes bulliciosas derraman frescura. El antiguo pórtico del Sur, ocupado actualmente por un palacio, estilo del Renacimiento, ostenta un escudo de armas en el frontis, bajo las desplegadas alas del águila imperial de Carlos V, quien lo mandó edificar; dá acceso a un patio oblongo, adornado de pórticos sobre sus pequeños frentes. Este es el patio de la Alberca o de los Mirtos, llamado así por tener en el centro un estanque bordeado de estos arbustos. Atravesándolo en toda su longitud, se entra en un vestíbulo alargado, que dá acceso a una gran torre cuadrada, ocupada por la sala de Embajadores, en tres de cuyos lados, se abren profundas ventanas, y está cubierta por una cúpula de estalactitas. Se pasa en seguida a un segundo patio, más pequeño que el primero, pero de muy graciosa forma: es el patio de los Leones, cuyos pórticos elegantes están formados por columnas aisladas y acopladas y que cortan cuatro avenidas en cuatro cuarteles plantados de olivos y rosales, en cuyo cruce existe una gran fuente sostenida por doce leones de mármol negro. Al Este del patio de los Leones, se encuentra la Sala de la Justicia, dividida en cinco espaciosas; al Norte, se halla la Sala de las dos Hermanas, pavimentada de mármol blanco, en el centro del parque. Al Sur, la Sala de los Abencerrajes, donde se dice que Boabdil hizo perecer a todos los individuos de

la familia de este nombre. Las últimas salas están decoradas con profusión de arabescos y de estalactitas, con puercecitas que dan a vestíbulos, desde los que se ven estanques y bosques admirables. Mosáicos, versículos del Korán, mármoles de variados colores, azulejos, turquesas y piedras áureas dan a cada parte del edificio el aspecto de un palacio de hadas. Todavía parece sentirse el marcial sonido de los alfañiles, el canto de las trompetas y los cantos de amor por entre aquel paraíso de delicias, de columnas y de arcadas. ¡Alma árabe! ¿Quién no te vé desfilar con su imaginación, por entre tanta grandeza?—¿Quién no te vé pasar en cuadrillas soberbiamente vestidas de brocados, y más allá, adelantarse tus galeras, cargadas de armas y de flores? ¿Quién no vé tus dragones vomitando fuego, ocultando en su seno ilustres guerreros? Grande fuiste, imponente tu poderío, tu bélico empuje, tu quijotismo, que a los míos diste; pero a qué altura queda mi raza que te venció, que te arrojó de la parte de allá del Estrecho, de donde ya no podrás volver. El mar Mediterráneo, campo era de tus correrías, su litoral todo, vasto espacio a la rapacidad de tus galeras; ¿no recuerdas a Don Juan de Austria en Lepanto, donde acudiste provocativa y perdiste tu pendón, como en las Navas de Tolosa? ¿Qué pudo tu profeta contra el verdadero profeta, Jesús, y su sublime doctrina, que fué siempre la que alimentó el alma y los corazones de mis antepasados? Vive, vive, allá junto a las sirtes del desierto, hacia el tostado Sahara. Quedaste vencida para siempre en el 2 de Enero de 1492 por los Reyes de Aragón y de Castilla, efeméride memorable y gloriosa para toda la Cristiandad. Solo a la Patria mía es dado conquistar tan inmarcesibles lauros, ¡Si la Europa entera también quedó salvada! ¡Por España, sola, siempre calumniada, pero siempre heroica; siempre agobiada bajo el peso de incontrastable fatalidad; mas en medio de sus desdichas, siempre grande!..

La vencedora saluda hoy a la vencida: no ya más guerra. Paz a través del Estrecho: Que el progreso tienda un puente de confraternidad entre las dos razas!..

Simón Domínguez de Valdeón

Xalapa (Méjico) 24 de Septiembre de 1913



De venta al precio de 0'25 pesetas
en esta imprenta y en casa del
Sr. Cura de Trobajo del Camino
(León)

